

CAPITULO XXX.

Horroroso incendio en el Escorial.—El espejo de la sacristia.—Organo de campanas.—Valenzuela.—Araña del coro.—Altar antiguo de la sacristia.—Regalos que hicieron Carlos II y Doña Ana de Neoburg al Escorial.—Minoria y reinado de Carlos II.

1671—1689.



CURRIÓ en el Escorial el dia 7 de junio de 1671 el mas lamentable suceso; un horroroso incendio, que dió lugar al cuadro mas afflictivo que ha presentado aquella augusta mansion, y que á no ser por el valor, decision, enérgico empeño y abierta proteccion de S. M. la Reina Gobernadora Doña María de Austria, seguramente aquel portentoso edificio no hubiera podido sobrevivir á tan tremendo golpe. Además de la desgracia, que duró 15 dias mortales, causando incalculables pérdidas, sufrió la Comunidad las mas árduas contrariedades (*).

En menos de cuatro horas todo aquel edificio presentaba el aspecto de una enorme hoguera; destacábase tan solo enmedio de aquel volcan inmenso una gran mancha negra; era la silueta de la gigante mole del Monasterio. Habianse fundido 38 campanas, y serpenteaban por el suelo arroyos de metal derretido, á semejanza de la hirviente lava que arrojan de sus entrañas el Etna ó el Vesubio. La densidad de la atmósfera asfixiaba á los trabajadores. Allí se perdieron mas de 4000 manuscritos árabes y el glorioso estandarte turco cojido en las aguas de Lepanto. La Lonja parecia un anchuroso campo de batalla, donde los vencedores hubiesen amontonado en desorden los despojos de los vencidos. Desplomábanse los techos con un ruido espantoso, y las habitaciones, llenas todas de escombros, impedian el paso á la gente; los tránsitos abrasaban, porque el humo y las pavesas lo habian invadido todo; nadie daba un paso sin temer que el piso se hundiera bajo sus pies, ó se desplomase el techo sobre su cabeza. ¡Qué aspecto entonces el de aquel templo magestuoso! Las vidrieras estallaban una tras otra, cayendo deshechas en menudos pedazos; las llamaradas que entraban por las ventanas, alumbraban por intervalos, como el relámpago ilumina los bosques en una noche de tempestad. El zumbido del viento, el estruendo de los hundimientos, el crujir de las maderas desprendiéndose de su resina, y los lamentos de los monjes, todo se repetia y confundia en aquellas dilatadas bóvedas, formando un concierto fatídico y espantoso, que remedaba el estertor de muerte de aquella mara-

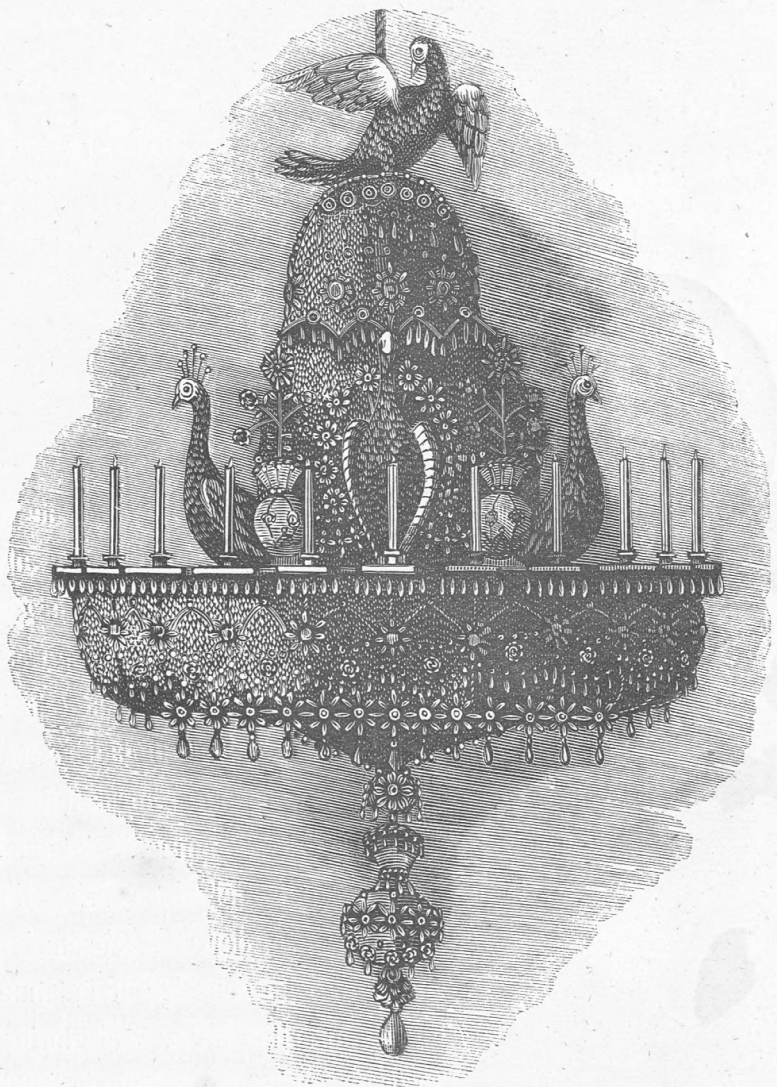
(*). Al desembarazarse las habitaciones y los claustros se sacaron 1500 quintales de plomo, mas de 2000 de metal campanil, y muchísima cantidad de clavazon y hierro, que despues sirvió de grande utilidad y ahorro en la reedificacion. Solo la parte material de la recomposicion pasó de 9 millones.

villa del arte. Todas las puertas y ventanas despedían columnas de humo espeso y negro, interrumpido tan solo por erupciones de rojas llamas; los bellos jardines que están á la parte de Oriente y Mediodía, habían desaparecido bajo los tizones encendidos, las cenizas humeantes y los montones de escombros; y hasta las mismas personas, ennegrecidas con el humo, chamuscados sus cabellos y ropas, desencajadas por el dolor, la fatiga y el cansancio, se asemejaban á los antiguos moradores de Heraculano ó de Pompeya, escapando de las esterminadoras lavas del Vesubio. Ya hemos dicho que este incendio ocurrió en el año 1671, y añadiendo ahora que hasta el de 1676 no estuvo del todo terminada la restauracion, podremos formarnos una idea de los horribles estragos que causó la voracidad del fuego.

En una de las ocasiones en que la Reina Gobernadora entregó al Prior una buena cantidad de dinero (*), regaló un magnífico espejo de cristal de roca con marco, que aún hoy está colocado en medio de los cajones de la sacristía. Llegó tambien por este tiempo y se colocó en la torre del Norte, que está á los pies de la iglesia, un órgano de campanas mandado fundir en Flandes por el Conde de Monterey, Gobernador de los Países-Bajos, de quien se conserva en la biblioteca del Monasterio una medalla de plata de cuatro á cinco onzas de peso.



EL CONDE DE MONTEREY.



ARAÑA DEL CORO.

Este órgano fue reducido á cenizas en otro de los muchos incendios ocurridos en el Escorial; fue encargado por Carlos II á dicho Señor, quien apeló á todos sus esfuerzos é influjo para conseguir un instrumento perfecto y acabado. El artífice que fundió y templó las campanas se llamaba Melchor de Hace; estas eran 32, tan perfectamente afinadas que formaban exactas escalas cromáticas, y podía tocarse como en un piano, aunque con mayor fuerza. Los gastos de conduccion pasaron de 50.000 reales.

El Rey acababa de ser declarado mayor de edad, y queriendo dar una muestra de su afecto al Escorial regaló algunas alhajas de crecido valor, que aumentaron la grandeza de aquella casa, siendo una de ellas la hermosa araña de cristal de roca que aún hoy se ve en medio del coro. Esta bella lucerna, que mandada construir en Milán por el Marqués de Astorga pesaba

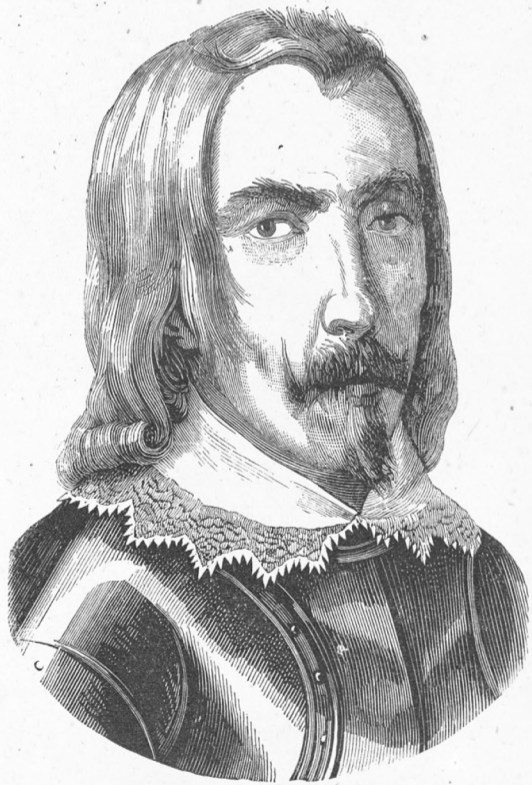
(*) Hubo una temporada en que esta Reina daba á la Comunidad 120.000 reales mensuales para gastos de edificación.



DON DIEGO DE MENDOZA,
Embajador de Felipe II en Venecia.



DON LUIS DE REQUESENS,
Embajador de Felipe II en los Paisés-Bajos.



EL CONDE DE FUENTES.



EL MARQUES DE LA VEGA.

